



PARADOJAS DE HENRI DE LUBAC

2ª Intervención de la Mesa redonda del XVIII EFCSM 2024

D. Francisco Javier Espigares

P. Francisco Javier Espigares, sacerdote diocesano, tras varios años como Vicario General, actualmente es Capellán Real de la Capilla Real de Granada.

© 2024. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

Obediencia y libertad

Introducción

Un sacerdote en una reunión de arciprestazgo dijo: “Tanto estudiar para luego nada más que obedecer”. En efecto, este modo de entender la obediencia resta a otro modo erróneo de entender la libertad. Pero, ¿es la obediencia simplemente decir “sí, bwana”? A esta pregunta añadimos otra: ¿y es la libertad simplemente un emanciparse de todo lo que creemos nos pueda determinar de alguna forma? En la parábola del hijo pródigo vemos desquiciadas la libertad y la obediencia: el hijo menor queriéndose liberar de su padre, que no de su herencia, se vuelve esclavo del vicio, la juerga y las malas compañías; y el hijo mayor, que se muestra aparentemente obediente, no vive en el amor ni en la libertad ni siquiera para hacer una fiesta con sus amigos (Cf. *Lc 15 11-32*). ¿Cómo ser libres y obedientes a la vez? ¿Cómo conjugar esta paradoja?

Nos acercaremos a esta paradoja desde el libro “Paradojas y nuevas paradojas” de nuestro autor Henri de Lubac. En primer lugar, nos acercaremos a dos formas erróneas de entender libertad (punto 1) y obediencia (punto 2), en segundo lugar, miraremos a Cristo, obediente hasta la muerte en cruz y totalmente libre por amor (punto 3). Él nos introduce en la verdadera obediencia (punto 4) y la libertad auténtica (punto 5).

1. Apariencias de libertad

Para de Lubac hay muchos pensamientos que se tienen por libres y liberadores y que son hipócritamente esclavos y esclavizadores. Son pensamientos dominantes e ideas viejas a las que de nuevo se adhieren encandiladas las jóvenes generaciones. Son doctrinas al servicio siempre de intereses o de pasiones. Son pensamientos contraídos, reducidos, esclavos, bajo las órdenes del ateísmo, de algún sistema humano o de las ideologías. Estos caminos de aparente libertad se convierten en caminos de sumisión esterilizadora¹.

Estas ideas que renuncian a Dios acaban convirtiendo al César de turno en un ídolo a quien servir y adorar: “no tardan nada en confundir al César con Dios”².

También existe este peligro en una cierta teología y moral “progres” que sólo alimentan a nuestro hombre viejo. Al evitar al Dios vivo y vivificante terminan naturalizando la fe, descafeinándola de lo sobrenatural. No la profundizan. Falsean el cristianismo poniéndolo al servicio del hombre más natural. Así le quitan su vocación más alta, lo hacen blasfemar³.

Por otra parte, existe una forma de ejercer la libertad en la búsqueda constante de autoperfección, de autosalvación. La persona “se toma demasiado en serio”⁴, intentando controlar y dominar sus sufrimientos. “En la más hermosa realización de su tipo, el estoico no es del todo libre”⁵. Este es otro camino fallido de verdadera libertad que vemos tan a menudo en la cultura del “selfies”, en la proliferación de cursos de autoestima y manuales de autoayuda. Todo este buen

¹ Cf. H. DE LUBAC, *Paradojas. Nuevas paradojas*, Península, Madrid 1966, 59.

² *Ibid.* 91.

³ Cf. *Ibid.* 148.

⁴ *Ibid.* 116.

⁵ *Ibid.* 116.

amor a sí mismo, que es un punto de partida para amar bien a Dios y al prójimo, se vuelve dañino cuando se constituye en meta de la vida dando lugar a un ensimismamiento autodestructivo⁶.

Muchos otros ante los problemas de la existencia acuden a los racionalismos clásicos, a misticismos erráticos, al agnosticismo o el existencialismo que sólo ve el absurdo en la realidad⁷ y renuncia a toda explicación satisfactoria de la vida. La vida, para estos últimos, no tiene sentido. Por eso la salida es la evasión en los vacíos paraísos del placer, las pasiones, el trabajo frenético o el fanatismo ideológico⁸.

2. Apariencias de obediencia

Para Henri de Lubac la fe cristiana no se identifica con una mera obediencia pasiva, sino que es siempre fuente de actividad atrevida y de entusiasmo⁹. Y es la falta de esta fe viva y creativa la que genera servilismo y falta de solución contemporánea a la situación requerida bajo escusa de obediencia¹⁰. De este tipo de actitud señala nuestro autor: “El defecto de iniciativa precedió al defecto de sumisión”¹¹. “Reducirlo todo a la obediencia en materia de fe puede ser una manera de decir que uno se burla de la verdad. Y de esta forma es faltar a la más profunda obediencia que es la del espíritu. Tanto en la inteligencia como en el querer, el espíritu no obedece abdicando”¹².

Ni siquiera basta una fe reducida a piadosas prácticas exteriores, pero en una indiferente adhesión de fe porque ha puesto “respetuosamente aparte un depósito de dogmas muertos que se prohíbe discutir, pero en compensación no se inspira para nada en ellos”¹³. Esto sería peor “que la impiedad de la herejía”¹⁴.

El evangelio es algo vivo y “la más alta victoria es conservar (...) el frescor y la alegría matinales”¹⁵. Por eso no basta la mera ortodoxia: “la cosa más necesaria del mundo y la menos

⁶ Es interesante al respecto lo que dice el Papa Francisco en la exhortación *Amoris Laetitia*: “Hemos dicho muchas veces que para amar a los demás primero hay que amarse a sí mismo. Sin embargo, este himno al amor afirma que el amor «no busca su propio interés», o «no busca lo que es de él». También se usa esta expresión en otro texto: «No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás» (Flp 2,4). Ante una afirmación tan clara de las Escrituras, hay que evitar darle prioridad al amor a sí mismo como si fuera más noble que el don de sí a los demás. Una cierta prioridad del amor a sí mismo sólo puede entenderse como una condición psicológica, en cuanto quien es incapaz de amarse a sí mismo encuentra dificultades para amar a los demás: «El que es tacaño consigo mismo, ¿con quién será generoso? [...] Nadie peor que el avaro consigo mismo» (Si 14,5-6). Pero el mismo santo Tomás de Aquino ha explicado que «pertenece más a la caridad querer amar que querer ser amado» y que, de hecho, «las madres, que son las que más aman, buscan más amar que ser amadas» (101-102).

⁷ Cf. H. DE LUBAC, *Paradojas. Nuevas paradojas*, Península, Madrid 1966, 82.

⁸ Cf. *Ibid.* 90.

⁹ Cf. *Ibid.* 54.

¹⁰ H. DE LUBAC, *Catolicismo, aspectos sociales del dogma*, Encuentro 1988, 255: “«¡Si hubiesen escuchado la voz de los Papas!» La obediencia, siempre necesaria, no basta siempre para todo, y el Papado no siempre ha hablado en seguida. No fue carencia por su parte, sino que no hubo entre los católicos bastantes hombres que viviesen intensamente su fe y se hallasen íntimamente compenetrados con la vida social de su siglo, hasta el punto de percibir inmediatamente las necesidades que iban aflorando y buscar, según su competencia y bajo su propia responsabilidad, las soluciones requeridas”.

¹¹ *Ibid.* 255.

¹² H. DE LUBAC, *Paradojas nuevas paradojas*, Península, Madrid 1966, 148.

¹³ *Ibid.* 148.

¹⁴ *Ibid.* 148.

¹⁵ *Ibid.* 116.

suficiente”¹⁶. Si sólo se quiere teologizar se acabará perdiendo lo que es la fe en el Dios vivo y todo lo que genera “para el ejercicio mismo de la vida del espíritu”¹⁷.

Tampoco es obediencia abdicar de la propia razón para abrazar la fe y sus grandes misterios. Esta fe vaga no ayudará a dar razón de la misma. Como dice san Pedro: “Glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza” (1Pe 3, 15). El creyente somete su inteligencia a la fe, pero sin aparcarse el pensamiento racional: “Existe quien, desesperado de la razón, la sustituye demasiado pronto por lo que cree que es la fe”¹⁸. Esto no es verdadera obediencia.

3. Cristo, nuestro liberador

La Iglesia, a pesar de sus miserias que emparentan con las nuestras, nos da a Cristo. Ella “prosigue entre nosotros su irremplazable misión, que no deja ni un solo día de darnos a Jesucristo; en quien el Padre «nos libera de la potencia de las tinieblas y nos transporta al Reino del Hijo de su amor»”¹⁹.

Ante los problemas irresueltos de la existencia están los que descubren algo del misterio de la vida con su propia razón, pero necesitan una ayuda mayor. “La razón prosigue en ellos su obra. Pero en el fondo de su corazón brota siempre el grito: « ¡Yo extendiendo los brazos hacia mi Liberador!»”²⁰. El hombre no se salva a sí mismo. Esta es la tentación demoníaca que le sugirieron a Cristo en la cruz: “¡Sálvate a ti mismo!” (Mt 27, 40). El hombre necesita al Salvador.

“¡Dios nos libre de una naturaleza plenamente humanizada –suponiendo que esto fuera posible-, si el resultado, o la condición, tuviera que ser un hombre totalmente naturalizado!”²¹. De Lubac distingue espiritual y corporal; el alma y los intereses de la ciudad, la religión y la política; gracia y naturaleza. Al separarlos se conservan ambos y se enriquecen mutuamente. “Porque, al liberar el germen de libertad espiritual que reside en el fondo de cada individuo, esta distinción obliga a ver en él, no ya al sujeto que debe servir para la construcción de un imperio o al ciudadano que tiene representar su papel en el interior de una ciudad, sino al ser personal en cuya causa es preciso interesarse”²². De esta forma la fidelidad al evangelio hace que el interés por la cosa pública no ahogue al hombre en su espíritu, sino que su espíritu dé forma al mundo y sus cosas.

“¿De qué hombre se podría decir que ha subido libremente a la cruz, si no es del Hijo del hombre y de algunos de sus raros «testigos»?”²³. Jesús dijo: “Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego libremente” (Jn 10,18). En ese “amor que se ata”²⁴, obediente hasta la muerte en cruz de Jesús²⁵, encontramos el camino y la posibilidad de libertad y obediencia. Los santos, esos raros testigos, son los que han vivido en libertad creativa y en obediencia agradecida al designio de Dios en ellos.

¹⁶ *Ibid.* 148.

¹⁷ *Ibid.* 149.

¹⁸ *Ibid.* 82

¹⁹ *Ibid.* 157.

²⁰ *Ibid.* 82

²¹ *Ibid.* 88.

²² *Ibid.* 89.

²³ *Ibid.* 117.

²⁴ Esta expresión es de Adrienne von Speyr y resume perfectamente la idea de De Lubac.

²⁵ Cf. *Fil* 2, 8.

4. Obediencia, un “amor que se ata”.

Cuando un novio le pide matrimonio a la novia, o dos novios se casan, o un sacerdote dice “sí” a su ordenación, o una consagrada en los tres votos... todos estos están haciendo el ejercicio de libertad más grande que se puede hacer: la entrega de la propia vida. Para Henri de Lubac esta entrega u obediencia tiene varias características que enumeramos seguidamente.

Es un compromiso ante todo con Dios y su Reino. “La profesión de cristiano es, ante todo, una exigencia de compromiso espiritual. Exigencia de compromiso con la ciudad celestial que es la primera ciudad del cristiano”²⁶. Pero esta exigencia no nos hace desentendernos del compromiso temporal, sino todo lo contrario²⁷. De Lubac subraya que Jesús distingue los dos órdenes: Dios y al César; cielo y tierra. Con ello nos sitúa aquí, en la tierra, con el corazón de allí, el cielo, y caminando hacia allí²⁸.

La misión de la Iglesia es conducir al hombre a un descubrimiento de su verdadera imagen. “El hombre está hecho a imagen de Dios, y todo lo que, en lugar de conducirlo a esa imagen, lo desvía (...) es evasión”²⁹. La obediencia parte de ser fieles a nuestra identidad más profunda que es una identidad en acción. “La más profunda obediencia (...) es la del espíritu”³⁰. Para de Lubac el valor del espíritu es la esencia de la vida cristiana³¹. “El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida” (Jn 6, 63).” La sumisión total del espíritu a la Revelación es una sumisión fecundante, porque es la sumisión al Misterio”³². Entendemos este espíritu como von Balthasar o Adrienne von Speyr hablan de forma, orden, cercanía o jerarquía de las cosas. Esta obediencia fecundante dilata el pensamiento, evita el pensamiento fácil y anima la buena acción.

Esta obediencia entendida como compromiso cristiano escoge siempre a los pobres: “Cuando uno se ha sometido a una ideología, no se está jamás seguro de haber tomado el buen partido. Cuando se ha hecho elección de los pobres, se está siempre seguro, doblemente seguro, de haber hecho una buena elección. Se ha elegido como Jesús. Y se ha elegido a Jesús”³³.

Nuestro autor se inspira en la sobriedad de la liturgia romana para orientar el hacer obediente del cristiano: sin “inflación verbal que es, quizá, uno de nuestros mayores defectos”³⁴. Toda verdadera caridad debe ser discreta para ser verdadera caridad. “Fe y sentimientos cristianos piden ser expresados sobriamente, pero que se note que estamos dispuestos a actuar en consecuencia, a punto para dar testimonio”³⁵.

5. Libertad crucificada

La libertad cristiana surge cuando no reducimos la paradoja a una de sus partes, cuando dejamos que la novedad que es Cristo nos toque en todos los órdenes. “Nosotros deseamos demasiado estar asegurados, y no aceptamos estar desorientados. Por esto nos hacemos una salvación mezquina. A nuestra medida mezquina. Las paradojas del Evangelio son un vino

²⁶ H. DE LUBAC, *Paradojas nuevas paradojas*, Península, Madrid 1966, 55.

²⁷ *Ibid.* 54.

²⁸ *Ibid.* 91.

²⁹ *Ibid.* 91.

³⁰ *Ibid.* 148.

³¹ Cf. *Ibid.* 59.

³² *Ibid.* 148.

³³ *Ibid.* 90.

³⁴ *Ibid.* 55.

³⁵ *Ibid.* 55.

demasiado fuerte para nosotros, y tenemos los oídos cerrados a la gran llamada liberadora. En nuestra timidez miserable, abandonamos la novedad cristiana y la libertad cristiana”³⁶.

Mantener los dos aspectos de la paradoja defiende la libertad total del hombre. “Se reprocha a Jesús el haber dado un sitio al César en lugar de haberlo reivindicado todo para «Dios».(...) Se le reprocha haber liberado al hombre sólo a medias, y separándose de él, se vuelve a llevar fatalmente al hombre por el camino de la esclavitud”³⁷. El orden de lo humano está abierto a lo divino y, ni lo divino anula lo humano ni lo humano debe apartar de lo divino. Cuando el orden natural rechaza el sobrenatural acaba divinizando lo natural que es siempre perentorio. “Un paraíso social puede ser un infierno espiritual – en cuyo caso, por otra parte, dejaría muy deprimida de ser incluso un paraíso social”³⁸. Este doble orden del que Cristo habla lo ha traído en sí mismo, haciéndose hombre sin dejar de ser Dios verdadero.

Una realidad profundamente humana es el sufrimiento. Henri de Lubac nos ayuda a situarnos libremente frente a él. “Cuando se impone el sufrimiento, no hay que rechazarlo ni ceder ante él. No se debe ni luchar con él ni obrar con astucia. Es necesario, sin complacencias, acogerlo. Pero una acogida semejante no es jamás definitiva. Por eso constituye el más elevado ejercicio de la libertad”³⁹. “Una sola manera ser feliz: no ignorar el sufrimiento, y no rehuirlo; sino aceptar su transfiguración”⁴⁰. Y así, “gracias a su aceptación, vuelva a quien lo sufre más humilde y más caritativo, más paciente y más amante; que lo despegue y lo eleve: es la única salida posible para quien no quiere ser infectado por él”⁴¹. “El tratamiento del sufrimiento exige una gran simplicidad. No es preciso ni rehuirlo ni alimentarlo. Es necesario amarlo sin complacerse en él. Hay que creer en su beneficio y dejar hacerse por él, sin dejar de considerarlo malo”⁴².

Para de Lubac el sentimentalismo es una forma de naturalismo, de hombre ensimismado y esclavizado por sus sensaciones. “Con la plegaria y con el amor, el sufrimiento es uno de los tres caminos que nos liberan del sentimentalismo. Para decir verdad, estos tres caminos se acoplan para formar solamente uno. Porque no se puede entrar verdaderamente en la plegaria o en el amor sin sufrir, y el amor permanece cerrado a quien no lo implora. Pero el camino que libera del sentimentalismo es también el que da entrada a las fuentes profundas de la afectividad”⁴³.

Frente a determinismos sociológicos o psicológicos que intentan frenar el poder imprevisible de la gracia actuando en la vida de los hombres, de Lubac, inspirándose en Maurice Blondel, afirma que cada acción es un recodo de la historia universal⁴⁴ donde Dios puede realizar y realiza lo inaudito. Así sucedió en muchos santos y en grandes creyentes como la Sierva de Dios, Isabel la Católica. No estaba destinada a reinar y gracias a su reinado la historia dio un giro inesperado: la unidad de España, el descubrimiento de América (la dignidad de los indígenas, la evangelización, el mestizaje...), la renovación de la Iglesia y el nacimiento del estado moderno. Dios es libre y actúa con quien quiere y cuando quiere. Por eso toda sumisión a Él es fuente de libertad. En la obediencia y libertad de María encontramos el camino: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

³⁶ *Ibid.* 153.

³⁷ *Ibid.* 91.

³⁸ *Ibid.* 53.

³⁹ *Ibid.* 114.

⁴⁰ *Ibid.* 114.

⁴¹ *Ibid.* 115.

⁴² *Ibid.* 117.

⁴³ *Ibid.* 117.

⁴⁴ Cf. *Ibid.* 83.